que el rey alojaba en su casa. Acabadas las huelgas y vuelto Xolotl a su corte, pensando que se le quedaba aliñado casa al príncipe Huetzin, le mandó ir a Colhuacan; el cual fue tan mal recibido que a no valerle los pies le hubieran valido poco las manos; porque salió el señor de Colhuacan con ejército formado contra él y la gente que con él venía, que era mucha, aunque todos vestidos de pascua, apellidando paz, como los que hasta entonces no habían sabido de guerra.

Vino luego este alboroto a las orejas del rey Xolotl y juntamente a las del príncipe Nopaltzin, el cual con el enojo que recibió salió con la gente que pudo, y haciéndo guerra a Nauhyotl, lo venció y prendió y tuvo preso mucho tiempo; el cual murió en aquella prisión y aflicción como hombre alborotador del reino; supo también cómo Ameyal había dado el consejo a su abuelo y aunque era su cuñado por estar casado con hermana suya le prendió y trató mal y quitó el señorío y provincia que a su cargo tenía por prisión del viejo Nauhyotl. Entró Huetzin, en el gobierno y señorío de Colhuacan (que es el segundo señor que Gómara[1] nombra en la sucesión de los señores de esta población y provincia; pero no dice el orden que hubo y así confunde el señorío) al cual volviéndose a su ciudad de Cohuatlichan por muerte de su padre, le heredó Nonohualcatl; y casó este Huetzin con Atotoztli, hija de Achitometl, señor de aquella provincia de Colhuacan que después de Nonohualcatl entró en el señorío.

CAPÍTULO XXXI. *De la muerte de Chiconquauhtli yerno de Xolotl; y de algunas cosas que Xolotl hizo con que provocó a los de su imperio a pretenderle la muerte*

EN LOS CAPÍTULOS de atrás hemos dicho cómo Xolotl dio una de sus hijas a Chiconquauhtli, uno de los tres señores aculhuas y le hizo rey y señor de la provincia de Xaltocan, el cual habiendo tomado posesión de su señorío y gobernándolo muchos años, murió, dejando hijos que le heredasen, cuya muerte debió de ser tan acelerada y repentina que no dio lugar de poder dar noticia de ella al emperador, su suegro y a otros señores para que se hallasen presentes; pero sabida por Xolotl, después de sentirla mucho, dio orden cómo encomendar el gobierno a persona tal que lo rigiese hasta tanto que fuese sabida por sus nietos, hijos de Chiconquauhtli, los cuales, en provincias distintas y apartadas, gozaban señoríos, por ser usanza de estas gentes, en aquellos tiempos, dar títulos y pueblos a los herederos de cuyo señorío denominasen a la manera que en nuestra España, cuando a los duques de Medina les nacen los primogénitos y herederos, nacen con título de condes de Niebla y otros muchos a esta manera y modo, para lo cual envió a llamar a Tochintecuhtli, señor de la provincia de Cuahuacan y mandó que dando el pésame a su hija de la muerte de su

[1] Gómara, en la Historia General.

marido nombrase por gobernador del estado a Omicxipan, un caballero de mucha cuenta de la misma provincia y reino. Fue Tochintecuhtli, como Xolotl le mandó, con su embajada; y habiéndola dado y hecho todo lo que el rey Xolotl le mandó, se volvió con priesa no a su presencia sino a Cohuatlichan a la de Huetzin, señor de ella.

Bien se puede presumir de esta venida alguna traición; pues es fácil de ver que, habiendo sido enviado por Xolotl, era razón que volviera a su presencia, con la de lo sucedido en todo lo que le había mandado; y debió de ser así, que trajo este cacique y señor mal intento y que vino revestido de maldad y traición, por lo que adelante se dirá (que no la hay en el mundo tan secreta que por algún modo no se descubra con daño del inventor); sabido por Xolotl que había vuelto Tochintecuhtli de Xaltocan y la junta que con el de Cohuatlichan había hecho, mal pagado de su fidelidad y aún muy enojado de su atrevimiento le privó de su señorío y mandó con pena de muerte que no volviese más a Cuahuacan; y le envió desterrado a Tepetlaoztoc, una legua de la ciudad y corte de Tetzcuco. Privó a muchos señores de sus señoríos; y mando matar algunos de ellos y puédese creer sería la causa haber descubierto algunos dolos y traiciones que fácilmente inventan los deseosos de mandar y de conservarse en señoríos. Y como luego veremos ya no eran estos tiempos de paz y amistad entre estas naciones sino de odios y enemistades, unas públicas y otras secretas conforme cada cual se hallaba tímido o poderoso.

CAPÍTULO XXXII. *De la última vejez a que Xolotl vino; y de cómo en ella le pretendieron matar algunos señores enemigos que tenía, por cierta traición que ordenaron*

LEGÓ XOLOTL a tan crecida y copiosa edad y gozó de tanta vejez que ya parece que la vida le enfadaba (cosa que a los hombres es tan sabrosa y dulce), y con el hastío y enfado que consigo traía ya no la vivía tan deleitosa y apaciblemente como en los tiempos de su juventud y mocedad; por lo cual trataba poco las cosas de gobierno y aunque no le había renunciado y se llamaba emperador y señor de las naciones chichimecas y aculhuas, remitíalas todas a su hijo Nopaltzin, el cual las concluía con la misma autoridad que su padre, haciendo oficio de gobernador, así en las cosas tocantes a la paz, como a la guerra. El entretenimiento de Xolotl era, en este tiempo y sazón, en unos jardines que junto a la ciudad poco trecho había hecho de mucho deleite y recreación.

De estas dos cosas (conviene a saber) de ver tan viejo a Xolotl y el gobierno y causas del reino en las manos de Nopaltzin, no faltaron ánimos a los inferiores y vasallos alterados, así de los señores que con él vinieron, como de otros que después habían nacido en la tierra; los cuales quisieron apellidar libertad y verse absolutos señores de los que en el reino se cono-